

Aliana González

# En los barrios libran su batalla la esperanza y el desaliento



Durante cuatro días con sus noches dos reporteros de El Nacional, Frasso y Aliana, convivimos con los habitantes de los cinturones de miseria que rodean Caracas, específicamente con las comunidades del barrio Antonio José de Sucre y Nueva Tacagua. Allí constatamos una realidad, "normal" para la gran mayoría que la sufre, que mientras es ignorada por las instancias con acceso al poder trae de la mano una verdadera guerra civil que nos acerca —día a día— al proceso colombiano.

Cuatro días entre Petare y Nueva Tacagua, conviviendo en casa de Flor y de Zulma, pueden cambiar la perspectiva desde la que cotidianamente vemos la vida. Allí uno se tropieza con el significado real de la palabra solidaridad, con la expresión más cercana del amor, con la humanidad en su forma de latido de corazón, de cercanía. Y se puede envidiar la alegría —verdadera riqueza de los humildes— con que desprendidamente se entregan así mismos. Al pasar los días de aquella experiencia, le damos la razón al padre Charles cuando nos dijo al llegar "son ustedes privilegiados de estar en Nueva Tacagua". Y es que partimos pensando que haríamos labor social al retratar la vida de los barrios desde adentro, pero fuimos nosotros, Frasso y esta reportera, los primeros beneficiados. Algo en nuestro interior cambió desde entonces.

Los extremos se tocan, dicen. Eso encontramos en común en estos dos polos alejados geográficamente —a la vez tan cercanos— que son Catia y Petare. La violencia, el terror, la pobreza que se acrecienta a pasos agigantados, contrastan con

esta forma del amor, poco común en la ciudad, con que se relacionan allí las personas. Lo poco que hay se comparte y sobreviven estilos de urbanidad que ya son fósiles en las calles apuradas de Caracas. Aún es posible reunirse a cantar y a reflexionar en comunidad, acompañados por el padre Matías Camuñas, sobre la platabanda de una casa teniendo algo más que a la autopista y a la urbanización Terrazas del Avila, como horizonte.

Y es que en los cinturones de miseria de Caracas se libra una batalla entre dos fuerzas opuestas, la de la vida y la muerte, la de la esperanza y la desesperanza. Una guerra concreta y desigual, que deja todos los días su saldo en las calles, y que de entrada, nos hace respirar el olor nauseabundo del triunfo del más fuerte, del que lleva mayor ventaja.

Sin embargo, inicio este trabajo del lado de la esperanza, porque esa fuerza mueve a Flor, toda sonrisa y cariño, a la Nona que convirtió a Frasso en otro nieto, a Zulma, artesana de los afectos y a Matías y a Charles, curas de "verdad, verdad", que reivindicán todos los días a quien llaman el "Cristo de la vida". Tony Ribas, catequista de Nueva Tacagua, entrega una última reflexión: —Lo mejor que tenemos aquí es la sonrisa. Pensamos que del estiércol sale la vida, y aquí, como puedes ver, todo es mierda. De aquí sale la mejor gente, eso lo puedes publicar.



(Fotos: FRASSO)

## UNA GUERRA CIVIL

A partir del 27 de febrero algo comenzó a cambiar en los cinturones de miseria en los que habita esa mayoría silenciosa a la que han querido apartar del acontecer nacional. Se agudizaron las diferencias, se hicieron extremas las contradicciones y empezaron a producirse procesos que todavía nadie estudia. El de la violencia es uno de los más crudos y terribles, que nos acerca a pasos agigantados a la experiencia colombiana.

Testigos al margen, en los escasos cuatro días en los que convivimos con los habitantes del barrio Antonio José de Sucre, de Petare y Nueva Tacagua, nos encontramos de frente con una guerra civil, en la que la sobrevivencia es el norte y las armas, todas las posibles.

Empezando la jornada en el jeep del Padre Matías, encontramos un velorio. El primer muerto de la refriega. Se trataba de José Ignacio Guete, albañil de 45 años, con seis hijos, quien se enfrentó a los malandros para defender a un vecino. Nacho, como lo llamaban en el barrio, organizaba un movimiento de autodefensa para protegerse de la violencia que imponen los delincuentes. Según los asistentes al velorio, "le montaron una trampa" para acabar con esta incipiente organización. El barrio salió enloquecido detrás de los asesinos, rodearon la casa en la que se escondían y los entregaron a la policía. Desde entonces protagonizaron varias marchas internas, con pancartas que invitan a unirse "por el derecho a la vida, a la que también tenemos derecho los habitantes de los barrios", mientras los malandros, organizados ahora en bandos, los hostigan.

Ese mismo día fuimos a La Alcabala, otro barrio de Petare, en donde casi nos convertimos en parte de una película de Fellini. Cien hombres armados con palos, cabillas, pistolas y escopetas, hacen guardias nocturnas para proteger a sus familias. En un año de organización han desarrollado un sinnúmero de estrategias militares han colocado normas y leyes para regular la vida interna, que por momentos son hasta dictatoriales. Pasar adentro, es como cruzar la frontera de otro país.

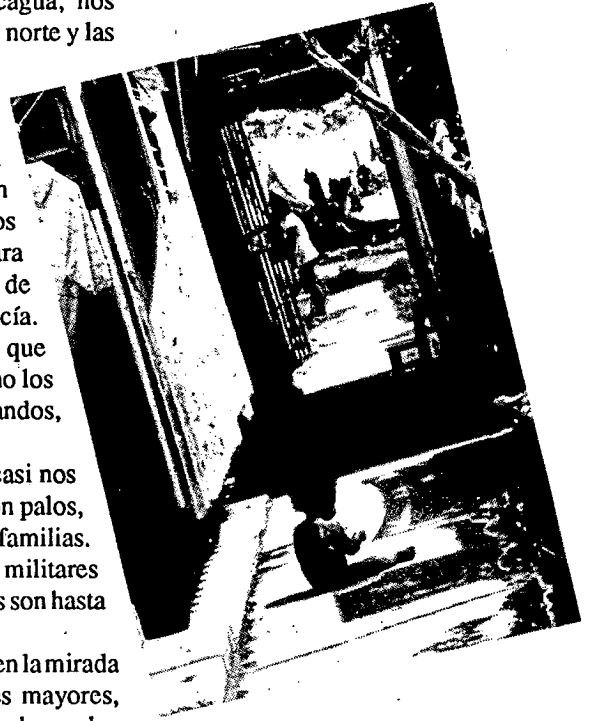
En la entrada nos esperaban treinta hombres, en los que la determinación en la mirada por jugarse el todo por el todo, era el arma más contundente. Hombres mayores, cansados de la jornada diaria, teniendo que esconderse en las esquinas que hacen los vericuetos del barrio, para esquivar las balas de los malandros. Enfrentándose al dilema de matar a otro, quizás el hijo de un vecino al que vieron crecer desde pequeño.

Allí el barrio está enfrentado. De un lado, los familiares de los malandros, del otro, los vecinos que desean paz y que se cansaron de vivir amedrentados, con el miedo como estrategia de sobrevivencia. Ellos no nos lo contaron, pero en otros barrios afirman que en La Alcabala han matado a golpes a varios malandros. Respondiéndole en su propio lenguaje, lograron ponerle freno a la violencia.

Desde aquella experiencia a estos días los movimientos de autodefensa se han multiplicado y hoy son mayoría los barrios que están organizados de esa forma. Apoyados por la Prefectura, que incluso bajo cuerda suministran armas y estrategias, se obliga a la población civil a sostener una guerra interna, que puede alcanzar niveles desproporcionados. Peligrosamente es la ley del ojo por ojo la que impera.

Paralelamente a esta situación, seguramente por corrupción de muchos de sus funcionarios, las fuerzas policiales están más del lado de los delincuentes que de los vecinos que desean vivir en paz. Se alquilan armas, se "controla" la venta de droga, se venden balas, fomentando este crecimiento vertiginoso de la violencia, que además es alimentado por la enorme brecha entre ricos y pobres que el paquete de medidas económicas consolidó.

Para que no tuviésemos dudas, una vivencia constató lo relatado por los habitantes de los barrios:



delante del jeep del padre Matías repentinamente se detuvo un vehículo particular sin placas. De allí salieron tres hombres, con chalecos antibalas, que desvergonzadamente pasaron en frente de nosotros, mirándonos a la cara, en actitud de reto y con sendas ametralladoras en mano. Entraron a una casa conocida en el sector por su dedicación a la venta de droga. Al poco rato salieron. Eran policías.

Y como si fuera poco el nivel de violencia al que a diario se enfrenta la gente que vive en los barrios, las fuerzas represivas se encargan de hacerles aún la vida más difícil. Así lo constatan los testimonios de los habitantes de Nueva Tacagua que deben soportar las vejaciones y maltratos que en cada incursión comenten los funcionarios del comando de Nuevo Horizonte de la Policía Metropolitana.

—Vienen sin distintivos, en carros sin placas y a veces encapuchados. Tienen unos garrotos a los que les colocan nombres de persona, y te dice “te las vas a entender con Carlos”, por ejemplo. Agarran a las muchachas y las tocan, las hacen desnudarse y decir groserías. Te caen a patadas, sin ni siquiera pedirle la cédula.

Allí la principal enseñanza es la humillación. El miedo, el camino a la sobrevivencia.

### LA MISERIA ES VIOLENCIA DE LA COSTUMBRE

La falta de agua y cloacas son apenas las puntas de un iceberg llamado miseria, al que los habitantes de los barrios de Caracas ya se han acostumbrado. Les parece “normal” hacer largas colas para recoger tobos de agua que luego deberán subir escaleras arriba de madrugada, robar la luz, no tener a dónde colocar la basura vivir como pidiendo permiso. Así, los habitantes de Nueva Tacagua, que en su mayoría carecen de baños, también se acostumbraron a recolectar periódicos para deshacerse de sus necesidades, a caminar kilómetros debido a la escasez de transporte o a dejar los estudios a mitad, ante la falta de cupo. Sin embargo y aunque todos esperamos que no ocurra de esta manera, esta realidad—totalmente anormal e injusta—se va a revelar con toda su violencia con la llegada del cólera.

“El cólera se controla simplemente con el cuidado y el aseo personal que cada quien tenga” afirman las autoridades. El problema, sabemos, va más allá. Cuando algo se hace costumbre, resulta difícil erradicarlo, más aún cuando se escapa de nuestras personales posibilidades. ¿Cómo bañarse todos los días si no hay agua? ¿Cómo eliminar las moscas, si no hay dónde colocar la basura? ¿Cómo evitar las cloacas, si estas pasan por debajo de la casa, en contacto directo con la tubería de aguas blancas? Muerte anunciada, con demasiada antelación.

Mirian Juana Escalona, de apenas 37 años, es un ejemplo reciente de la muerte anunciada que la miseria trae de la mano. Ella sabía que iba a morir—dice la gente—

cuando con su enorme barriga cargada de morochos comenzó a despedirse de todos en el barrio. Su esposo aclaró “En veinte años de casados, nunca le permití trabajar” La mató la miseria. La explicación la entrega hoy su viudo, José Luis Hernández.

—No tuvimos quien nos orientara. Empezó a tomar pastillas, pero le hacían daño, se le puso el aparato y no lo aceptó. Cuando teníamos seis muchachos y ella apenas 23 años, empezamos a hacer gestiones para que la ligaran pero nos dijeron que era muy joven. Ahora la ligaron, pero ya no había remedio.

La comunidad recoge dinero, alimenta a diez de sus hijos repartiéndoselos por casas, intentan alternativas autogestionadas en un descomunal esfuerzo. Es la batalla de la solidaridad y la esperanza contra la miseria y la muerte, en la que al parecer el Estado se lava las manos. Apostar a ganadores, sería irresponsable.

